

AYUNTAMIENTO DE MADRID
DELEGACION DE EDUCACION
INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS



AULA DE CULTURA
CICLO DE CONFERENCIAS SOBRE INSTITUCIONES MADRILEÑAS

LA ACADEMIA DEL GATO

POR

D. JUAN DE CONTRERAS
(MARQUÉS DE LOZOYA)

MADRID, 1973

16

ARTES GRÁFICAS MUNICIPALES

G-F 12237

DGA
A

LA ACADEMIA DEL GATO

C. 1218122

E. 144045

LA ACADEMIA DEL GATO

Depósito legal: M. 35.336 · 1973



R. 132732

AYUNTAMIENTO DE MADRID
— DELEGACION DE EDUCACION —

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
DEL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

AULA DE CULTURA

CICLO DE CONFERENCIAS SOBRE INSTITUCIONES MADRILEÑAS

LA ACADEMIA DEL GATO

POR

D. JUAN DE CONTRERAS

(MARQUÉS DE LOZOYA)



MADRID

ARTES GRAFICAS MUNICIPALES

—
1973

Confieso que una invitación de mi siempre querido y admirado amigo el doctor Simón Díaz para intervenir en alguno de los cursos de *Estudios Madrileños* produce en mi espíritu una contrapuesta impresión de placer y de angustia. Por una parte, me complace y me enorgullece el ser convocado a compartir las tareas de una institución de tal prestigio. No soy madrileño de nacimiento, sino que formo parte de la turbamulta provinciana establecida en la capital de las Españas, pero tan unida está la historia de mi Segovia nativa con la historia de Madrid que en algún tiempo —los siglos XII y XIII— corren confundidas. Para algunos historiadores, desde el viejo cronista barroco Diego de Colmenares hasta don Elías Tormo, mi maestro, Madrid se incorpora a la Cristiandad como una expansión del Concejo de Segovia, que fue *citania* celta, *civitas* romana y obispado visigodo. Además de mi interés por cuanto a la Villa y Corte se refiere, me complace el hablar en el ambiente señorial del salón de Tapices ante un público que, si me atemoriza por competente, me tranquiliza por benévolo y amigo.

Pero, al mismo tiempo, me asusta la penuria de temas madrileños inéditos que pueda ofreceros. La fecha de 1931, decisiva para tantos españoles, lo fue también para mí al apartarme de la cátedra y de la investigación en los archivos para comprometerme en actividades en absoluto desacuerdo con mi vocación, pero que, en aquellos momentos, era imposible eludir. Para no aban-

donar del todo lo que era el supremo afán de mi vida, hube de recluirme en mi biblioteca, legado de varias generaciones de bibliófilos, para elaborar, en el silencio de noches y madrugadas, obras de divulgación, síntesis de ajenas investigaciones.

Rebuscando en esta biblioteca familiar alguna novedad que pudiera ofreceros hoy, tuve la fortuna de tropezar con dos volúmenes, bien encuadernados a la española, que ostentan sobre el lomo, en letras doradas, esta inscripción: *Academia del Gato. Romancero Español. Tomo I-Tomo II*. El primer volumen consta de ciento cincuenta folios, que hacen 300 páginas, escritas en menuda y compacta letra de varias manos, y de 236 el segundo. En ambos la letra es clara, como solía ser la de los originales preparados para la imprenta, antes de la invención de la mecanografía, pero las correcciones, enmiendas y arrepentimientos son numerosos. A la cabeza de cada romance de cuantos componen cada tomo va una ilustración al texto, que es, a veces, un excelente dibujo, y, generalmente, un grabado en madera, un poco tosco, a la manera de los que ilustran los artículos del *Semanario Pintoresco Español* o las novelas de don Manuel Fernández y González. Los dos tomos llevan el sello heráldico de la biblioteca de don Jerónimo López de Ayala y Alvarez de Toledo, Conde de Cedillo, mi tío y suegro, Decano que fue de la Real de la Historia y gran bibliófilo. Ingresó seguramente en su colección como donativo de don Vicente Poleró, pintor y arqueólogo insigne con quien mantuvo el Conde, en su juventud, estrecha amistad. Poleró fue, como veremos, el fundador, el director y el *fac-totum* de la Academia del Gato.

No sabemos la fecha exacta de la fundación de la entidad, que no debió de ser otra cosa que una tertulia de escritores y de artistas como tantas otras que no fueron sino una efímera ilusión juvenil. Sería curioso el imposible repertorio de todas estas reuniones literarias y artísticas en un café, en el estrado de una casa hidalga o en torno de una modesta camilla, esparcidas por las viejas ciudades y por las villas históricas en toda la ancha

España. El documento más antiguo de cuantos figuran en el tomo I lleva la fecha de 15 de enero de 1871, e indica que la vida corporativa venía de años antes. En el preámbulo del tomo II, que corresponde al 1872, escribe Poleró: “Tres años, o poco más hace, que nos agrupamos varios amigos con el propósito de consagrar algunas veladas a recreos artísticos y literarios.” Debió, pues, de nacer la “Academia del Gato” en los días inmediatamente posteriores a la Revolución de septiembre o en los últimos del período isabelino. Diversas circunstancias confirman esta opinión. Es posible que mi conferencia coincida con el centenario de alguno de los fastos de la Academia. Con motivo de la conmemoración centenaria de otra institución de esta clase que, afortunadamente, persiste: la *Asociación Española de Escritores y Artistas* he hecho el elogio de esta generación, la más desventurada de nuestra Historia: la que presenció el derrumbamiento del trono secular de España, la disgregación del Estado en los Cantonales; la segunda guerra civil; la sucesión continua de incendios, motines y algaradas que hacían teatro a toda España de pequeñas guerras civiles; el comienzo del movimiento separatista en Cuba y en Filipinas. Por esto es admirable el que estos hombres, enfrentados con el infortunio, trabajen todavía por la cultura. Entre la ruina económica; entre los desastres políticos y militares, escriben Zorrilla, Núñez de Arce, Campoamor, Emilio Castelar, y pintan Eduardo Rosales, Mariano Fortuny, José Casado del Alisal, Antonio Gisbert, Ignacio Pinazo Camarlench, Francisco Domingo Marqués, entre tantos.

Este impulso de luchar contra la corriente adversa, con aquel espíritu de “pesimismo entusiasta”, que informaba a Benito Mussolini, motivó la fundación de la Academia del Gato. En el preámbulo del segundo volumen, don Vicente Poleró expone la situación de espíritu de los fundadores y las razones de la fundación: “Teníamos el corazón dolorido por las desgracias de la patria. Teníamos abrumada la inteligencia bajo la presión candente de los comentarios políticos que rara vez se interrumpen

en el ahumado recinto de los cafés. Teníamos sed de paz, sed de alegría, sed de sentimientos puros, tranquilos y elevados. Las artes y las letras vertieron en nuestras almas el bálsamo de sus consuelos; nos acariciaron con sus dulcísimos encantos y nos adormecieron al arrullo de sus fantásticas inspiraciones.”

¿Por qué los nuevos académicos tomaron al felino casero como símbolo y cobijaron sus sueños bajo su imagen y su nombre? El gato es, con el oso, el animal totémico de Madrid, y “gatos” suelen llamarse los madrileños. El origen de esta onomástica gatuna está en una leyenda, relacionada con Segovia: el asalto a los muros de Madrid por los segovianos, capitaneados por sus adalides Fernán García y Díaz Sanz. Diego de Colmenares, en su famosa *Historia de Segovia* (Segovia, 1637), coloca la hazaña en el reinado de Ramiro II, en 932, fecha a todas luces inverosímil. Otros historiadores de cosas segovianas: don Gabriel María Vergara y don Carlos de Lecea sitúan el hecho, con mayor verosimilitud, en 1083, en el reinado de Alfonso VI. La leyenda, de ignorado origen, cuenta que el rey, que presenciaba el asalto, exclamó al ver la agilidad y el denuedo con que los segovianos escalaban los muros: “Trepan como gatos.” De aquí el nombre de “gatos” atribuido a los repobladores y a sus descendientes. Una calle “del Gato” está situada en el Madrid viejo. La familia “Gato” figuraba entre las más antiguas y nobles de la Villa. El blasón de la Academia, cuyo dibujo, repetido varias veces por el dibujo o por el grabado, se podría describir, si el rayado responde al color, según las reglas de la Heráldica, de esta manera: *De sinople—verde—con una banda de plata cargada con una cabeza de gato, en su color, enfrentada, con una pluma entre los dientes.*

Vino la Academia del Gato a continuar una gloriosa tradición madrileña, de ignorados y acaso muy lejanos orígenes. Aun cuando no tomaron aún este nombre, fueron ya verdaderas academias, en el siglo xv italiano, las reuniones de poetas, de artistas y de eruditos en la Florencia de los Médicis, en el Nápoles de

Alfonso V y en la Roma de León X. Una "academia", ya con estatutos y con voluntad de permanencia, fue la "de la Crusca", en Roma, fundada en 1582 y que fue modelo de muchas entidades de este género en toda Europa. Valencia, en comunicación constante comercial y cultural con Italia, establece, en 1591, la famosa Academia de los Nocturnos, que consiguió larga vida y a la cual acudían poetas de diversas comarcas de España. En Toledo, centro de la vida literaria de Castilla en el siglo XVI, se congregaban, hacia el 1600, en el palacio del Conde de Fuensalida los ingenios que afluían a la Ciudad Imperial. La actividad literaria pasa a Valladolid cuando, en 1603, se traslada la Corte a esta ciudad. Después del retorno, en los reinados de Felipe III y de Felipe IV, Madrid florece en el sinnúmero de poetas a que humorísticamente se refieren Lope, Góngora y Quevedo. Esta frondosidad hace necesaria la fundación de academias, en las cuales los vates puedan leer sus versos a otros poetas, que aceptan el sacrificio, para que, a su vez, sus versos puedan ser oídos. Siempre se encontraba algún señor con aficiones literarias que abría los salones de su palacio y recibe el pago, no en dinero, que no abundaba en aquellos ambientes, sino en versos laudatorios, moneda de fácil acuñación. Este carácter tuvo la Academia del Conde de Saldaña, don Diego Gómez de Sandoval, en 1607, llamada "Academia de Madrid", y en la cual prevalecía el genio de Lope. En 1612 se congrega en casa de don Francisco de Silva y Mendoza, hermano del Duque de Pastrana, la Academia "del Salvaje", que se llamó también "El Parnaso". A imitación de las academias romanas, los "Salvajes" adoptaban un seudónimo: *El Ardiente*, *El Silvano*... Aun con mayor empuje surgió "La Peregrina", en 1615, en casa del doctor don Sebastián Francisco de Medrano. Disuelta en 1622, por haberse ordenado de presbítero su mecenas, reaparece en 1622 con el nombre de "La Mantuana", atendiendo a la denominación de *Mantua Carpetana* con que algunos eruditos designaban a la Villa y Corte. La Mantuana recoge el momento más brillante de la literatura espa-

ñola. Lope de Vega se llamó en ella “Belardo”; “Mendino”, don Francisco de Mendoza; Vélez de Guevara, “Lauro”; Salas Barbadillo, “Salicio”. Consta la asistencia a sus sesiones de Cervantes, de Góngora, de Calderón, de Castillo y Solórzano y, en general, de todos los ingenios de la Corte de Felipe IV. Y se dice que el mismo Rey, tan fino catador de versos, requería del dueño de la casa un aposentillo desde el cual pudiese oír sin ser visto. No todas las veladas discurrían en un ambiente de placidez parnasiana. Era el momento de los tremendos odios entre las “águilas” de la literatura española, cuyas querellas turbaron a menudo las reuniones destinadas a serenos coloquios de las musas.

La fiebre de las academias, ahora más eruditas que poéticas, persevera en el siglo XVIII, durante el cual muchos son los grandes señores que intentan en Madrid un reflejo de los “salones” del París borbónico. Recordemos que de la tertulia de don Juan Manuel Pacheco, Marqués de Villena, surgió, en los albores de la centuria, nada menos que la Real Academia Española de la Lengua. En el movimiento romántico de la primera mitad del siglo XIX las tertulias retornan al carácter poético que habían tenido en el XVII. En ellas se advierte una novedad: la incorporación de los artistas, cuya situación social había elevado la política de los Borbones de Francia y de España. Hemos de evocar el famoso lienzo de Esquivel en que se representa al *Parnasillo*, en que se agrupaban los más altos valores de la cultura en la época de Isabel II, en el estudio del pintor. Gran prestigio en la primera mitad del siglo alcanzó la *Academia del Mirlo*, en la cual figuraban Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega y Espronceda.

En el prospecto que va al frente del primer tomo se expresa claramente el propósito de los fundadores de la Academia del Gato: “Desterrar de entre el pueblo los absurdos e inmorales romances, que hoy sirven de pasto a sus aficiones poéticas, extraviando su gusto y pervirtiendo sus instintos; despertar en él ideas

de grandeza y de justicia con la enseñanza de los hechos que abundan en su gloriosa historia y nuestras numerosas tradiciones, y proporcionar al mismo tiempo lecturas agradables a todas las clases, resucitando, hasta donde nos sea posible, la casi extinguida afición al género más característico de la poesía nacional; tales son los únicos móviles que nos han impulsado a emprender esta publicación." Este carácter pedagógico, tan de acuerdo con el ambiente posromántico de la segunda mitad del siglo XIX, se refuerza en el prólogo que para el tomo II escribió don Vicente Poleró:

"Tan pronto como se dibujó en nuestra alma una concepción poética, quiso escaparse del recinto donde pretendíamos aprisionarla, quiso revestir el atavío nacional, ornarse con las glorias patrias, y llegar hasta *el pueblo*, hasta ese pobre pueblo, cuyo amor es para todos una necesidad, y cuyo servicio es un problema insoluble, un verdadero logogrifo, si se apaga la antorcha de la fe, si se vela el cielo de la esperanza y se rompen los lazos de la caridad. Escribamos para el pueblo, dijimos, recordando su historia y sus tradiciones para que se goce en ellas como se goza el anciano en los dulces recuerdos de su juventud. Despertemos en él todo el entusiasmo de sus más santas empresas para que sienta robustez en su corazón. Luchamos contra esas torpes apologías del crimen, y contra esas mal rimadas aberraciones de la fantasía, con que tan frecuentemente se le emponzoña."

Estas palabras se escribían en 1872, en el reinado de Amadeo de Saboya. Por ellas, por la selección de los asuntos de los romances y por alguna otra circunstancia, a la que luego nos referiremos, se puede colegir que la Academia del Gato estaba integrada por elementos del vencido partido moderado, monárquico, partidario de la dinastía destronada y liberal. Como no dispongo de otra información que los dos tomos del *Romancero Español* de mi biblioteca, ignoro cuáles fueron las actividades de la Academia, fuera de la composición e ilustración del *Romancero*. Del

prospecto que figura al frente del primer tomo, fechado el 15 de enero de 1871, se deduce que al principio los romances se vendían sueltos, como “pliegos de cordel”. Lo pregonarían vendedores ambulantes, ciegos acaso, a los cuales se entregaba el cincuenta por ciento del producto (ocho maravedises pliego).

Así vieron la luz *La esposa de Padilla*, *La calle de la Cabeza*, *La Torre de los Lujanes*, *El voto de Alfonso VI*, *El Cardenal Cisneros*, *La batalla de Otumba* y *A la luz de un candil*. Ante el éxito obtenido, los académicos pensaron en dar a su labor un carácter más importante y trascendente. Poetas, pintores y grabadores, reunidos probablemente en el domicilio del fundador-director, don Vicente Poleró, en la calle de Santa María, número 49, cuarto tercero de la izquierda, se repartirían los asuntos tomados de la Historia de España o de la tradición. Se admitían suscripciones, remitiendo a nombre de Poleró el importe de diecisiete números, esto es, cuatro reales en sellos de Correos. A partir de los cincuenta romances se repartiría a los suscriptores cubierta y portada, para que la colección pudiera ser encuadernada, con una introducción en la cual se tratase de la historia e importancia del romance en la literatura española.

Conocemos los nombres de muchos, acaso de todos, los académicos del Gato, porque los nombres de poetas, dibujantes y grabadores aparecen siempre al pie de cada uno de los romances. No usaban de nombres simbólicos, como los árcades de Roma o “los Salvajes” de Madrid, sino que, a lo que parece, en sus tertulias, se denominaban “Gato primero, segundo”, etc., según el orden de su ingreso. Algunos de estos escritores nos son conocidos y ocupan un lugar destacado en la cultura de la segunda mitad del siglo XIX. Otros muchos no lograron, a pesar de que sus nombres figuran al pie de sendos romances, ser recordados en los prontuarios de Arte o de Literatura.

Vamos a evocar las figuras más ilustres de cuantas se consagraron a la tarea de redactar o ilustrar el *Romancero Español*. El personaje principal, el que tomó a su cargo la empresa, el que

firmaba los prefacios, el que escribía romances e ilustraba con sus dibujos los propios y los ajenos fue don Vicente Poleró y Toledo, uno de los españoles ejemplares que entre las desventuras y los avatares del reinado de Doña Isabel II procuraron mantener la dignidad de la cultura española. Nació en la ciudad de Cádiz el 5 de abril de 1824. Después de haber cursado en las clases superiores de Pintura en la Real Academia de San Fernando, se consagró, sobre todo, a la restauración. Poleró consagró la mayor parte de su vida a salvar de la destrucción lo más importante del tesoro pictórico de España. En 1853 escribió un tratado: *Arte de la restauración*, en que compendia cuanto en su tiempo se sabía sobre esta materia. Este trabajo, que constituía una novedad en la España de su tiempo, le valió ser nombrado restaurador del Museo del Prado, cuyo director era entonces don José de Madrazo, y más tarde se le dio la comisión de restaurar los lienzos más importantes del Monasterio de El Escorial. Artista y erudito, aprovechó los tres años que permaneció en el Monasterio para redactar un *Catálogo de los cuadros del Real Monasterio de San Lorenzo, llamado del Escorial, en el que se comprenden los del Real Palacio, Casino del Príncipe y Capilla de la Fresneda* (Madrid, 1857). Escrito según lo que en su tiempo se sabía, el *Catálogo* de Poleró fue la principal fuente de orientación para cuantos españoles y extranjeros escribieron sobre El Escorial en el siglo XIX. Es curioso un tratado de Poleró, publicado en 1868, con el título *Breves observaciones sobre la utilidad y conveniencia de reunir en uno solo los dos Museos de Pintura de Madrid, y sobre el verdadero estado de conservación de los cuadros que constituyen el Museo del Prado*, porque es antecedente de una política museística que fue más tarde una realidad.

Don Vicente Poleró fue un pintor excelente, cuyo toque fluido y exacto preludía a Martín Rico y a Fortuny. Hizo retratos, que no conozco, muy alabados en su tiempo. Su especialidad fueron los interiores de monumentos prestigiosos, animados por

algunos personajes, tocados con certeras pinceladas. En la Exposición Nacional de Bellas Artes, correspondiente al año de 1860, expuso una *Vista del coro del Monasterio del Escorial*, en el momento en que se encontraban en el recinto Felipe II, Juan de Herrera, el Padre José de Sigüenza y el hermano Villacastín. En el Certamen de 1866 expuso otro interior: el del Salón de Cortes del Palacio de la Generalidad, en Valencia. En el Alcázar de Segovia hay un lienzo de este artista que representa el famoso *Salón de Reyes*, de la fortaleza, antes del incendio de 1862, de excelente factura. “La modestia, inseparable compañera del verdadero mérito—escribe Ossorio y Bernard—ha impedido a este artista dar forma y publicidad a los numerosos estudios y observaciones que ha reunido, importantísimo para la historia del arte español. Esto no impide que su respetada opinión haya sido y sea consultada por los profesores de más crédito en cuantas dudas llegan a tener.”

Compañero, colaborador de Poleró fue don Valentín Cardenera, cuya tarea de estudio y divulgación del arte español solo encuentra rival, en el reinado de Isabel II, en don José María Quadrado. Con razón pudo escribir de él Ossorio que fue “una de las personas a que deben más las Bellas Artes y los estudios arqueológicos de nuestra Patria”. Nació en Huesca en 1796 en el seno de una familia modesta, pero que encontró medios para darle una excelente educación, dentro de lo que el ambiente y la época permitían. Sus padres le hicieron estudiar Teología y Humanidades en el Seminario oscense y en la Universidad Sertoriana, pero su vocación hacia el dibujo era irresistible. Tuvo el mozo la fortuna de que algunos de sus dibujos fuesen presentados a don José Palafox, el héroe de los sitios, Capitán General de Aragón, el cual le arrancó de los estudios que seguía con desgana y le matriculó en la Academia zaragozana de San Luis. En 1816, a los veinte años de edad, Palafox le envía a Madrid con el propósito de que fuese discípulo de Goya, pero el genial sordo se niega, pues ya entonces mantenía el propósito de esta-

blecer su residencia en Francia y no quiere admitir nuevos discípulos. Recibió lecciones de don Mariano Maella, muy viejo ya, y a la muerte de este pintor la Academia de San Fernando y don José de Madrazo dieron al arte de Carderera su manera definitiva.

Pero mucho más importante que su obra pictórica, nunca de gran calidad, es la labor del pintor oscense como incansable recopilador de datos biográficos sobre el arte español. Pensionado en Roma por el Duque de Villahermosa, ayudante y pariente de Palafox, ejercita su lápiz dibujando paisajes y monumentos de Italia, sobre todo de Nápoles, donde estudia afanosamente los recuerdos de la dominación española. De vuelta en España, viaja incansablemente por toda ella como Ponz, como Quadrado, tomando centenares de notas gráficas y consultando los archivos. Resultado de estos afanes fue la publicación, de 1855 a 1864, de la importantísima *Iconografía Española*, una de las obras de más interés publicadas en España en el siglo XIX. Era una serie de dibujos, tomados directamente del natural, de retratos, estatuas funerarias, orantes de retablos e imágenes de todo género de reyes, reinas, grandes señores, damas y caballeros desde el siglo XI al XVII, con textos biográficos y descriptivos en español y en francés, del mismo autor. El éxito de la *Iconografía*, dentro y fuera de España, fue inmenso. Su publicación coincide con el auge del *Cuadro de Historia*, para el cual eran necesarios datos para el conocimiento de la indumentaria. Cuando los académicos del siglo XVIII proponían a los escolares un tema histórico, se salía del paso con dos "uniformes", aplicado el uno a la Edad Antigua, comprendiendo en ella a la época visigoda, y el otro a las Edades Media y Moderna. Consistía el primero en togas, armaduras, túnicas y mantos a la romana, y el otro en cuello rizado, ferreruelo, calzas, gregüescos y sombrero con plumas de la época de Felipe III. Con este último indumento se vestía igual a San Fernando que a Enrique IV. En el Romanticismo se intentó alguna mayor precisión, pero confundiendo ar-

maduras y trajes del siglo XI con los del siglo XV. El afán científico exigía ahora un mayor rigor. Las láminas de la *Iconografía* no solamente se divulgaron por los estudios de los pintores españoles, sino que figuraron en la Exposición Universal de París, de 1855, y en la de Londres, de 1862.

Puede decirse que Carderera estuvo presente en cuanto se hizo —y se hizo mucho, a pesar de las difíciles circunstancias— para salvar el tesoro artístico de España. Sobre él llovieron cargos y honores. Fue profesor de Historia del Arte en la Real Academia de San Fernando; individuo de número de esta Academia y de la de la Historia; pintor de Cámara honorario de Su Majestad; caballero de la Orden de Carlos III. Su labor como coleccionista fue enorme; a su incansable actividad se debe la conservación de millares de dibujos y de estampas que hoy constituyen uno de los fondos principales de la Biblioteca Nacional. Murió en 1880. Como pintor, su obra, en que se refleja de una manera apagada y discreta el academismo de don José de Madrazo, es quizá lo menos interesante de su actividad. Llevado por su afán por la iconografía, copió cuantos retratos de personajes ilustres tuvo a su alcance, y de estas discretas copias están llenos la Real Academia de la Historia y diversas dependencias oficiales.

Debe figurar en lugar de honor entre los “gatos” otro de los grandes valores culturales del reinado de Isabel II: don Manuel Ossorio y Bernard, nacido en Algeciras en 1839. Se alistó primeramente en el Cuerpo Administrativo de la Armada y estuvo adscrito luego a los Ministerios de Hacienda y de Gobernación. Su copiosísima labor literaria —dos dramas: *Abderramen* (1869) y *Camoens* (1881)— e innumerables cuentos y artículos en todas las revistas de la época, está hoy totalmente olvidada. Más importancia tiene su tarea como traductor de Alejandro Herculano, de los Dumas, de los Goncourt, de Balzac y de muchos más. Pero la obra capital de Ossorio, la que le da un lugar de honor en la cultura, es la *Galería biográfica de Artistas Españoles del siglo XIX* (1.^a ed.: 1869; 2.^a ed.: 1884), continuación del

Diccionario de Ceán Bermúdez, libro de consulta indispensable para los estudiosos, y en la cual se consignan nombres que hubieran quedado en la sombra. Sus repertorios de carácter literario son utilísimos también. Murió en Madrid el 14 de septiembre de 1904.

Entre los gatos-pintores que ilustraban los romances hay, además de Poleró y de Carderera, que manejaban el lápiz y la pluma, algunas figuras importantes: Luis Ferrant y Llausas es uno de los más ilustres representantes del "Romanticismo internacional". Nace en Barcelona en 1806. Pensionado por el gran mecenas que fue el Infante Don Sebastián, que le nombró su pintor de Cámara, viajó por Italia. Fue pintor de Cámara también de Fernando II de Nápoles y de Isabel II, en 1848. Fue académico de la Real de San Fernando. Muere en 1868. Se comprende el éxito de su manera, que tiene el falso encanto de la de Delarrocche, de Oberveck, de Kaulbach, de Cornelius. Sus obras son frecuentes en los Palacios Reales. En el de Riofrío está la bella serie de *Las obras de Misericordia*. A esta misma escuela pertenece un pintor poco afortunado en su breve existencia e injustamente olvidado hoy: el sevillano Rafael García y García, nacido en 1833, que se firmaba *García Hispaleta*. Sus retratos no son inferiores a los de Federico de Madrazo, pero, como tantos grandes pintores del siglo XIX, como Alenza, como Fortuny, como Rosales, murió muy joven, en la más pobre bohemia de París, en 1854. A la misma escuela pertenece otro de los colaboradores gráficos del *Romancero*: Manuel Ojeda y Siles, nacido en 1835 en Sevilla, en donde fue discípulo de Esquivel. Fue un retratista muy notable, más afecto a la manera de Federico de Madrazo que a la de su maestro, y figuran retratos suyos en los Palacios Reales y en muchas casas aristocráticas.

A una fase absolutamente diversa del romanticismo español: la que no sigue a las escuelas europeas del siglo, sino que se inspira en la gran pintura española, sobre todo en Velázquez, en Murillo y en Goya, pertenece otro de los gatos-artistas: don

Antonio Pérez Rubio, natural de Navalcarnero, alumno de la Academia de San Fernando y protegido del Infante Don Sebastián. Pérez Rubio busca casi exclusivamente sus temas en dos épocas castizas de la Historia de España: la de Felipe IV y la de Carlos IV. Su manera recuerda a la de Eugenio Lucas Padilla. Si quiere evocar al siglo XVII, se inspira en Velázquez, y en Goya en sus cuadros “de casacón” o en sus escenas de chisperos y de manolas. Es curioso que entre estos pintores que se llamaban “gatos” no hay ninguno que fuese natural de Madrid. Predominan los andaluces y los levantinos.

Hay en las páginas preliminares del volumen I del *Romancero Español*, cuya preparación fue la obra exclusiva de la Academia, una de ellas que despierta una singular simpatía. Eran, sin duda los académicos, “gatos” hidalgos y bien nacidos. Muy poco antes que se publicase el romance primero de los que habían de integrar el tomo: en septiembre de 1868 había cruzado la frontera de Irún, camino del destierro, la Reina Isabel II. Sin duda había tenido esta Señora grandes errores en su política y en su vida privada, pero hay en su actuación una cualidad que, como en el caso de su padre, Fernando VII, viene a atenuar un poco el juicio riguroso de la Historia: su constante protección a la Cultura; su generoso mecenazgo hacia eruditos, escritores y artistas. Todas las grandes colecciones de Arte que aparecen durante el largo reinado: *Recuerdos y bellezas de España*, de Quadrado y Parcerisa; *Museo Español de Antigüedades y Monumentos arquitectónicos de España*, editados por Dorregaray, que pueden competir en belleza tipográfica con lo mejor que se hacía en Europa en su tiempo; las colecciones de Cardenera, de Pérez-Villaamil y tantas otras se editan bajo sus auspicios. En 1847 se crea la Real Academia de Ciencias Naturales de Madrid; en 1857, la de Ciencias Morales y Políticas; en 1861 se reorganiza la Real de Medicina. Durante su minoría se funda el Real Conservatorio de Música. Apasionada por este arte, se crea durante su reinado el Teatro Real, que sitúa a Madrid entre

los principales centros musicales de Europa. La Reina y el Rey consorte compran cuadros, pensionan y protegen a músicos, literatos y artistas. Isabel II acrece el tesoro pictórico de España con la compra de la colección del Marqués de Salamanca, en la cual hay obras de Velázquez, de Ribera, de Zurbarán y de Pereda.

Fue, pues, un acto de justicia, muy meritorio en el ambiente revolucionario y antiborbónico de 1871, la dedicatoria poética del *Romancero Español* a la Reina desterrada, debida al numen de don José Cabiedes; dice así:

Señora, ante la amargura
de tan crueles sucesos,
la admiración elocuente
no busca pompas ni ingenios.
Pero un lejano suspiro
de vuestros suspiros eco,
una gota cristalina
de esperanza y de consuelo,
una flor que halléis al paso
sin que sepáis quién la ha puesto,
tal vez exclamar os haga:
—¡ Amada soy, patria tengo!—.
Y confiar, tranquila y dulce,
en ese Dios tan inmenso
que su corona de espinas
os enseña para ejemplo.

.....

Continúan otras estrofas en el mismo tono, acaso más sentidas que inspiradas. La final dice así:

Abrid la humilde cubierta
como un misterioso velo
que guarda seis corazones
debajo de un mismo pecho.
Si un grato aroma de calma
llegáis a aspirar en ellos,
son las brisas de la patria
nada más. Guárdeos el Cielo.

En el prospecto adherido al comienzo del primer tomo se expresa el quehacer principal de los "gatos": sustituir a los romances de ciego, que embrutecían al pueblo con la historia de la Fiera Corrupia, con las hazañas de bandidos famosos o con la relación de crímenes horrendos, con otros, más correctos de forma, que enseñasen al pueblo su gloriosa historia y sus vetustas tradiciones y le ofreciesen ejemplos de heroísmo, de amor, de sacrificio. El propósito era generoso, pero lo conseguido fue un fracaso. Los romances de la Edad Media y del Renacimiento: los de los ciclos carolingio y morisco, los que desmenuzaban, para ponerlos al alcance de las muchedumbres, los grandes poemas del Cid o de los Infantes de Lara, tenían el encanto de lo ingenuo, de lo espontáneo. Los poemas parcial o totalmente romanceados del Romanticismo: los del Duque de Rivas; los de Zorrilla son pequeñas obras de arte en que se vierte la inspiración de un verdadero poeta. No había poetas en la Academia del Gato, sino eruditos y artistas con veleidades literarias. Los breves poemas del *Romancero Español* adolecen de prosaísmo y de monotonía. No los hay entre ellos mejores ni peores. Más interés tienen, muchas veces, los grabados que ilustran cada uno de los romances. Pero es de justicia rendir un homenaje a cuantos, animados de un generoso afán, realizaron un laudable esfuerzo por elevar la cultura popular, por ensalzar valores en aquel momento histórico preteridos y olvidados. Al sacar del olvido la Academia madrileña del Gato queremos, en ella, rendir un homenaje a tantas tertulias de poetas y de artistas que iluminaron con la luz de una ilusión un momento en las vidas, acaso desventuradas de cuantos se reunían para elevar la cultura de una España cerril, desgarrada por una perpetua guerra entre hermanos.

CATALOGO DE LOS ROMANCES Y OTRAS POESIAS
Y TEXTOS EN PROSA, DIBUJOS Y GRABADOS CONTE-
NIDOS EN LOS DOS VOLUMENES DE LA ACADEMIA
DEL GATO

Página 2: Un bello dibujo al lápiz, que lleva al pie la siguiente inscripción, autógrafa, de Poleró:

“Primer pensamiento que como encavezamiento para todos los romances se penso hacer por fin de economizar el gasto de los grabados. *Vicente Poleró.*”

Folio 2: *Al lector.* Un escrito que ocupa cinco páginas de letra de Poleró, que firma al final, en que hace un resumen histórico del romance español.

Página 12: Dedicatoria poética (a la Reina Isabel II, sin nombrarla) firmada: *Cabiedes.*

Página 14: Un romance firmado por Pedro de Larraza, desde Guetaria, su patria, donde, al parecer, estaba desterrado, y dedicado a la Academia del Gato:

Desde este humilde destierro
envío hoy a la Academia
a Quien Dios, Nuestro Señor,
dé mil años de existencia.
Guetaria, trece de julio.
Año segundo que reina
Don Amadeo Primero
de Saboya, y otras yerbas.

Pedro de Larraza.

SR. PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DEL GATO.

Página 18: Soneto *A Cervantes.* Firmado: *Pedro de Larraza.* 23 de abril de 1872.

Página 20: Epístola a Perico (¿Pedro de Larraza?). Autógrafa de don Manuel Ossorio y Bernard. Comienza así:

No más artistas, no. ¡Guerra a las artes!
Rompo afanoso con el pobre gremio
despreciado en Madrid y en todas partes.
Desde diez años desoyó mi apremio,
canté sus triunfos y me deja al cabo
con una deuda enorme como premio.

Firmado y fechado el 24 de abril de 1870.

Página 22: *La esposa de Padilla*. Romance histórico de don José Cabiedes. Dibujado por don Vicente Poleró y Toledo. Grabado por don Joaquín Sierra. (Al pie, el blasón de la Academia del Gato.)

Página 34: *La calle de la Cabeza*. Romance tradicional por don Alfredo Bocherini y Calonge. Dibujado por don Julián Cobeña. Grabado por don José Sierra.

Página 44: *La Torre de los Lujanes*. Romance histórico por don Manuel Ossorio y Bernard. Dibujado por don Ignacio Calles. Grabado por don José Sierra.

Página 68: *El voto de Alfonso VI*. Historia de la Virgen de la Almudena. Romance histórico por don Gregorio Perogordo. Dibujado por don Antonio Lanzuela. Grabado por Capuz.

Página 78: *El Cardenal Cisneros*, por don Luis Díaz Cobeña. Dibujado por don Vicente Poleró. Grabado por don Luciano del Hoyo.

Página 85: *La batalla de Otumba*. Romance histórico por don José Cabiedes. Dibujado por don Carlos Múgica. Grabado por Capuz.

Página 103: *A la luz de un candil*. Tradición de la época de Don Enrique II. Romance tradicional por don José Castillo Soriano. Dibujado por don L. Ferrant.

Página 125: *El Nuevo Mundo*. Romance histórico por don Luis de Bonafos. Dibujado por don Carlos Múgica.

Página 131: *El Alcalde de Móstoles*. Romance histórico por don José Cabiedes. Dibujado por don A. Pérez Rubio.

Página 145: *Francisco de Abellaneda*. Anécdota histórica por don Luis Díaz Cobeña. Dibujo de don C. Murguía. Grabado por don José Galán. (Al final del romance, en la página 153, la siguiente "Nota de la anécdota. La anécdota a que se refiere este romance está sacada de un manuscrito auténtico del siglo XVI, único documento en que se menciona al escultor Avellaneda".)

- Página 155: Contiene solamente un excelente dibujo con la inscripción: Primer pensamiento para el romance de Francisco de Avellaneda. El estilo parece de Pérez Rubio.
- Página 157: *El reloj de San Plácido*. Romance tradicional por don Alfredo Bocherini y Calonge. Dibujado por don Ygnacio Calles. Grabado por don Luciano del Hoyo.
- Página 165: *Las Trinitarias Descalzas*. Romance histórico por don José Cabiedes. Dibujado por don Vicente Poleró. Grabado por don José Galán. En la página 173, prueba de imprenta del mismo grabado que figura al frente del texto.
- Página 175: *El compromiso de Caspe*. Romance histórico por don Gregorio Perogordo. Dibujado por don Antonio Lanzuela. Grabado por Galán.
- Página 185: *La batalla del Guadalete*, por don José Castillo y Soriano. Dibujo de don Francisco Vallejo.
- Página 196: *La Peña de los Enamorados*. Romance histórico por don Alfredo Bocherini y Calonge. Dibujado por don A. García (*Hispaleta*). Grabado por Galán.
- Página 205: *Don Alfonso VIII*. Romance histórico por don José Cabiedes. Dibujado por don Vicente Poleró. Grabado por Galán. En la página 211 hay un dibujo a pluma con la inscripción: "Alfonso VIII. Primer pensamiento", dibujado por don Manuel Ojeda.
- Página 213: *Los hermanos Carbajales*. Romance histórico por don Luis de Bonafós. Dibujado por don Julián Díaz Cobeña. Grabado por Galán. (La composición del dibujo es copia del famoso cuadro de Casado del Alisal, con el mismo tema.)
- Página 227: *Trafalgar*. Romance histórico de don José del Castillo y Soriano. Dibujo de don Francisco Vallejo. (Firma el grabado Severini.)
- Página 229: *La muerte de un artista* (Alonso Cano). Romance tradicional de don Gregorio Perogordo. Dibujo de don Vicente Poleró. Grabado de Galán.
- Página 237: *Granada*. Romance histórico de don José Cabiedes. Dibujo de don Vicente Poleró. Grabado por Galán.
- Página 245: *Pedro de Vera*. Romance histórico por don Manuel Ossorio y Bernard. Dibujo de don Julián Díaz Cobeña.
- Página 253: *Alfonso VI en el destierro*. Romance histórico compuesto y dibujado por don Pablo Vera. Grabado por Galán.
- Página 261: *La prisión de Quevedo*. Romance histórico de don Gregorio Perogordo. Dibujo de don Ignacio Calles. Grabado por Galán.
- Página 221: *La campana de Huesca*. Romance histórico de don Luis de Bonafós. Dibujo de don Manuel Ojeda. Grabado por Galán.
- Página 286: *El Ave María*. Romance histórico de don Luis Díaz Cobeña. Dibujo de don Antonio Bravo. Grabado por Galán.

CATALOGO DE LOS ROMANCES Y OTROS TEXTOS
CONTENIDOS EN EL TOMO II

- Página 1: *Introducción*, por don Vicente Poleró.
- Página 7: *El mejor premio del Arte*. Romance tradicional de don Manuel Ossorio y Bernard. Dibujo de don Vicente Poleró. Grabado por don José Galán.
- Página 33: *La victoria de Lepanto*. Romance histórico por don José Cabiedes. Dibujo de Vallejo. Grabado por Capuz.
- Página 41: *El Cristo del Socorro*. Romance tradicional por don Alfredo Bocherini. Dibujo de don Vicente Poleró. Grabado por don José Galán.
- Página 51: *Jaque al Rey*. Romance histórico por don Jaime Claret. Dibujo por don Antonio Lanzuela. Grabado por don José Galán.
- Página 65: *El mulato de Murillo*. Romance tradicional (1656) por don Luis Bonafós. Dibujo de (Angel) Lizcano. Grabado por don José Galán.
- Página 73: *El entierro de Lope de Vega*. Romance histórico por don Manuel Ossorio y Bernard. Dibujo de don Vicente Poleró. Grabado por don José Galán.
- Página 87: *El laurel de la Zubia*. Romance histórico (1491) por don José Cuenca. Dibujo de don Vicente Poleró. Grabado por don José Galán.
- Página 95: *Juana la Loca*. Romance histórico por don Gregorio Perogordo. Dibujo de don José Vallejo. Grabado por Capuz.
- Página 103: *El tributo de las cien doncellas*. Romance histórico (846) por don José del Castillo y Soriano. Dibujado por don Carlos Múgica. Grabado por Galán.
- Página 111: *Zaragoza*. Romance histórico (1808-1809) por don Pedro Larraza. Dibujado por don José Vallarín. Grabado por Benedicto.
- Página 115: *La perla de Avila*. Romance histórico por don Gregorio Perogordo. Dibujado por don Vicente Poleró. Grabado por Galán.
- Página 123: *La conquista de Málaga*. Romance histórico por don Nicolás Muñoz. Dibujado por Lizcano. Grabado por Galán.

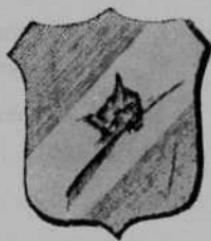
- Página 141: *El Rastro*. Poema por don José Cabiedes. Dibujo de (Angel) Lizcano. Grabado por Galán.
- Página 157: *Villamediana*. 21 de agosto de 1862 (*sic*). Por Manuel Ossorio y Bernard. Dibujo de (Eusebio) Fernández Cuesta. Grabado por Galán.
- Página 191: *El suplicio de don Alvaro de Luna* (1453). Romance histórico por don Francisco Muñoz. (No menciona pintor ni grabador.)
- Página 177: *Bailén*. Romance histórico. 19 de julio de 1808. Por don José Cabiedes. (No menciona pintor ni grabador.) En la viñeta aparecen los nombres Miranda-Rico.
- Página 191: *Justicia del Rey Don Pedro*. Romance histórico-tradicional (1357) por don José Castillo y Soriano. Dibujo de don Carlos Múgica. Grabado por Galán.
- Página 203: *Alvarez de Castro*. Romance histórico (1809-1810) por don Nicolás Muñoz. Dibujo de don Ignacio Calles. Grabado por Galán.
- Página 211: Contiene, superpuestos, el dibujo y la reproducción grabada de la ilustración al romance *Una aventura de Olmedo*, que comienza en la página 213. Firmado al final con las iniciales J. R.
- Página 219: *San Francisco de Borja*. Con grabado del estilo de Poleró. En la página siguiente comienza el romance *El soplo de la muerte*. Romance histórico-tradicional. Al fin, en la página 224, las iniciales J. R., un dibujo a pluma del emblema de la Academia del Gato, y debajo "*es propiedad. Establecimiento tipográfico de D. J. Nogueras. Bordadores, 7*".
- Página 225: Un grabado, anónimo, que representa al Príncipe Don Carlos, según el cuadro de Sánchez Coello. Al pie, *el Príncipe Don Carlos*. En la página 227: *El Príncipe Don Carlos. Matar por celos* (tachado) —1568—. Romance histórico. Al final, en la página 253, las iniciales E. N. y G.
- Página 255: Una viñeta, anónima, con la fachada principal del Monasterio del Escorial. En la página 257 comienza el romance anónimo *Contra Dios o contra el Rey*. Romance histórico (1577).
- Página 261: Un grabado con la inscripción: Ribera. Al pie: *Muerte de Escobedo*. En la página 263, romance histórico. Año de 1578. A continuación, el romance, anónimo.
- Página 273: Un grabado, anónimo, referente al romance *El Caballero de Gracia*, que comienza en la página 275. Al pie, las iniciales A. B. y C., rubricadas.
- Página 283: Grabado, anónimo, referente al romance *La Arganzuela*, que comienza en la página 285. Anónimo.
- Página 289: *Trafalgar* (1805). Firmado, P. M.

Página 307: *La marcha del Espíritu*. Poema filosófico, en romance. Firmado: Cabiedes.

Página 315: *A mi amigo Alfredo* (¿Alfredo Bocherini?) *exortándole a olvidarse de la política y volver al estudio de la poesía*. Anónimo. El estilo y la letra parecen de Cabiedes.

Página 329: Comienza el extenso poema, repartido en trece romances, *Pelayo*, de don José Cabiedes.

Aquí termina el *Romancero Español*, quehacer principal de la Academia del Gato. Adherido al interior de la cubierta posterior, en papel rosa y escrito con fina y elegante caligrafía inglesa, hay un poema: *A mi amigo Vicente Poleró*, firmado por José Angel Laffaya, en Segorbe, a 9 de junio de 1856.



CICLO DE CONFERENCIAS

SOBRE

INSTITUCIONES MADRILEÑAS

CONFERENCIAS PUBLICADAS

- Número 1 *El Monte de Piedad y la Caja de Aborros de Madrid*
por DON JOSÉ MARÍA SANZ GARCÍA.
- Número 2 *Pequeña historia de la Gran Peña*, por DON JUAN
H. SAMPELAYO.
- Número 3 *La Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del
País*, por DON FRANCISCO AGUILAR PIÑAL.
- Número 4 *La Milicia Nacional*, por DON MANUEL ESPADAS
BURGOS.
- Número 5 *La Universidad Central*, por DON JOAQUÍN DE
ENTRAMBASAGUAS.
- Número 6 *La Congregación del Ave María*, por DON JOSÉ DEL
CORRAL.
- Número 7 *El Hospicio y los Asilos de San Bernardino*, por la
SEÑORITA MERCEDES AGULLÓ Y COBO.
- Número 8 *El Instituto de San Isidro (1572 - 1972)*, por DON
JOSÉ SIMÓN DÍAZ.

- Número 9 *La Asociación de Escritores y Artistas Españoles*, por DON MARIANO SÁNCHEZ DE PALACIOS.
- Número 10 *El Casino de Madrid*, por DON JOSÉ MONTERO ALONSO.
- Número 11 *La Real Sociedad Geográfica*, por DON RAMÓN EZQUERRA ABADÍA.
- Número 12 *Las Viejas Cárceles Madrileñas (Siglos xv a xix)*, por DON JULIO DE RAMÓN LACA.
- Número 13 *Las Sociedades de Autores*, por DON FEDERICO ROMERO.
- Número 14 *El Real Establecimiento Litográfico*, por DON ENRIQUE PARDO CANALÍS.
- Número 15 *La Biblioteca Municipal de Madrid*, por DON FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES.

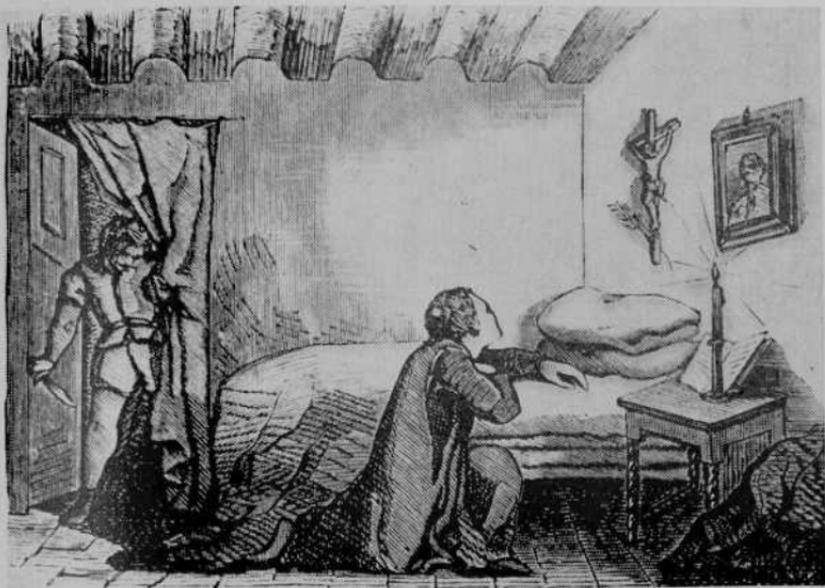
LAMINAS



Primer proyecto de portada, según el dibujo firmado por Vicente Poleró, para encabezar todos los romances, con objeto de economizar el gasto que supuso el encargo de un grabado para cada uno de ellos.

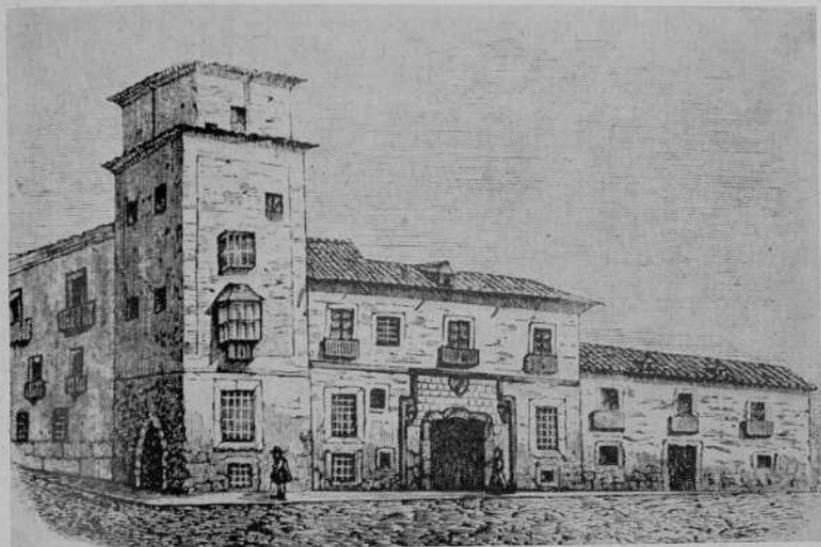


La esposa de Padilla. Romance histórico de don José Cabiedes. Dibujo de don Vicente Poleró y Toledo. Grabado por don Joaquín Sierra.

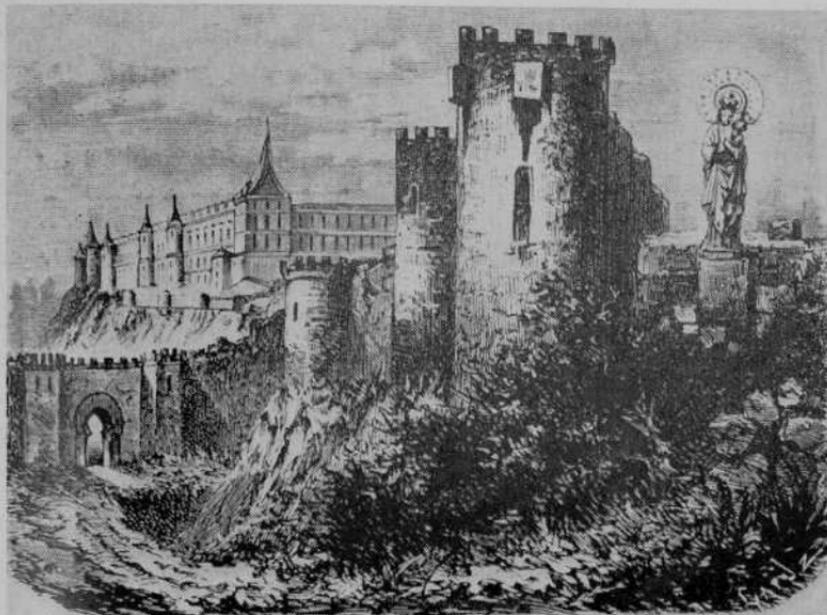


La calle de la Cabeza. Romance tradicional por don Alfredo Bocherini y Calonge. Dibujo de don Julián Cobefia. Grabado por don Joaquín Sierra.

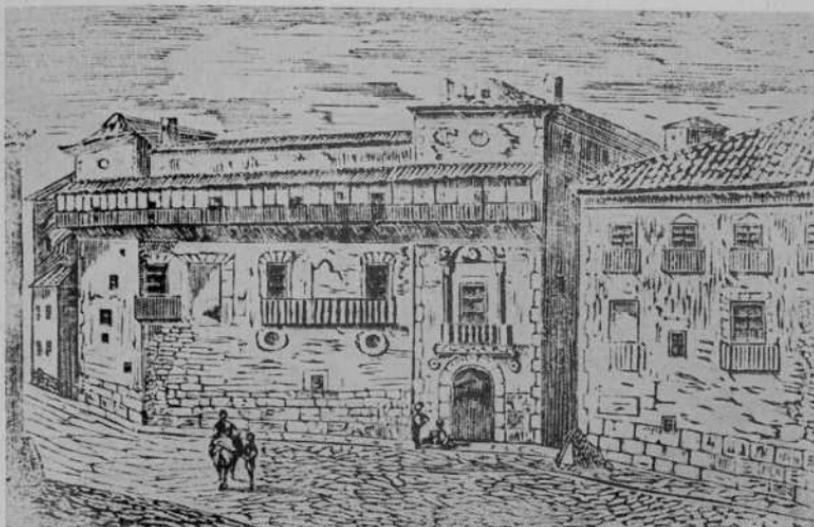




La Torre de los Lujanes. Romance histórico de don Manuel Ossorio y Bernard. Dibujo de don Ignacio Calles. Grabado por don Joaquín Sierra.

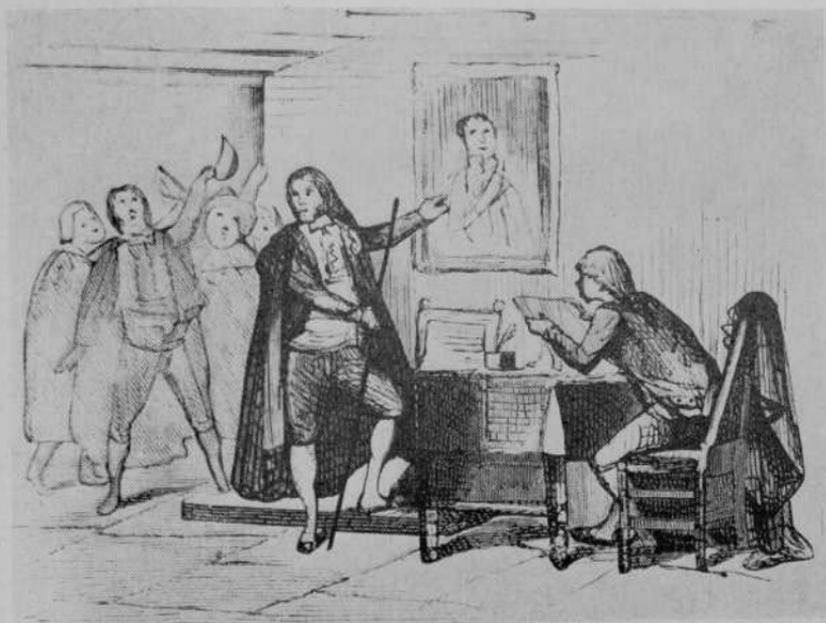


El voto de Alfonso VI. Historia de la Virgen de la Almudena. Romance histórico por don Gregorio Perogordo. Dibujo de don Antonio Lanzuela. Grabado por Capuz.



El Cardenal Cisneros. Romance histórico por don Luis Díaz Cobeña. Dibujo de don Vicente Poleró. Grabado por don Luciano del Hoyo.





El Alcalde de Móstoles. Romance histórico por don José Cabiedes. Dibujado por don Antonio Pérez Rubio. (No figura el nombre del grabador.)



Francisco de Avellaneda. Anécdota histórica. Romance por don Luis Díaz Cobeña. Dibujo, probablemente, de Pérez Rubio, que quedó inédito. Fue preferido el de Carlos Múgica, reproducido en el grabado de José Galán.

256

